

BREVE HISTORIA del...

SALVAJE OESTE

PISTOLEROS Y FORAJIDOS

Gregorio Doval



Billy el niño, Jesse James, los Dalton, Wyatt Earp, Doc Holliday, Buffalo Bill, todos los personajes, las historias, los tiroteos, los duelos y escaramuzas de aquellos hombres que forjaron su leyenda con el revólver en la mano.

BREVE HISTORIA DEL SALVAJE OESTE

BREVE HISTORIA DEL SALVAJE OESTE

Gregorio Doval



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia del Salvaje Oeste
Autor: © Gregorio Doval

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-547-5

ÍNDICE

Capítulo 1: EL NACIMIENTO DEL SALVAJE OESTE

Capítulo 2: LA ESTIRPE DEL PISTOLERO

VIVIR Y MORIR CON LAS BOTAS PUESTAS

Retrato robot del pistolero

John Wesley Hardin, un asesino implacable

Ben Thompson, la mejor pistola del Oeste

Doc Holliday, el dentista más mortífero del Oeste

TIROTEOS, DUELOS Y AJUSTES DE CUENTAS

El tiroteo de O.K. Corral

El enigma de Wyatt Earp

Elfego Baca y el tiroteo de Frisco

Capítulo 3: FORAJIDOS DE LEYENDA

LA PROFESIÓN DE FORAJIDO

Un negocio abierto a la especialización

Jesse James, el falso Robin Hood

Billy el Niño, el bandido adolescente

Sam Bass, un buen chico descarriado

Los Dalton, víctimas de su propia codicia

El caballeroso Bill Doolin y los Oklahombres

¿Qué fue de Butch Cassidy y The Sundance Kid?

Capítulo 4:

HOMBRES CON PLACA (Y CON REVÓLVER)

SHERIFFS Y MARSHALS, "DOMADORES DE CIUDADES"

El laberinto de las placas

Bat Masterson, de pistolero a cronista deportivo

Pat Garrett, el peso de la (mala) fama

Wild Bill Hickok, el jugador impasible

"La mano del muerto"

Henry Brown, el *sheriff* atracador de bancos

A AMBOS LADOS DE LA LEY, SIMULTÁNEAMENTE

Tom Horn, un leal asalariado de la pistola

Capítulo 5:

LEY, JUSTICIA Y ORDEN EN LA FRONTERA

LA AGENCIA PINKERTON, "EL OJO QUE NO DUERME"

JUSTICIA CIUDADANA: LOS "VIGILANTES"

EL MUNDO JUDICIAL

Roy Bean, la Ley al Oeste del Pecos

Isaac Parker, el Juez de la Horca

Un siempre atareado virtuoso de la horca

Temple Houston, un abogado fuera de lo común

Capítulo 6:

LA VIDA COTIDIANA EN EL OESTE

EL NACIMIENTO DE LAS PRIMERAS COMUNIDADES

Las ciudades mineras

La Colina de las Botas

Cheyenne y otras ciudades ferroviarias

Fulgor de las ciudades ganaderas

MUCHO TRABAJO Y POCO OCIO

El *saloon*, un universo propio

Capítulo 7:

TAHÚRES Y JUGADORES DE VENTAJA

EN BUSCA DE UN GOLPE DE FORTUNA

La historia del juego en el Oeste

George Devol, tahúr del Mississippi

Canada Bill, el timador timado
EL JUEGO PROFESIONALIZADO
La época dorada de San Francisco
La expansión del juego por todo el Oeste
VIRTUOSAS DE LOS NAIPES
EL ECLIPSE DEL TAHÚR CLÁSICO

Capítulo 8:

MUJERES DEL OESTE

PROTAGONISTAS MÁS O MENOS EN LA SOMBRA

Juanita Calamidad, una vida autoinventada

Belle Starr, la Reina de los Bandidos

LA PROSTITUCIÓN EN EL OESTE

La doble moral del Oeste

Las grandes madamas del Oeste

Tombstone, un gran prostíbulo

Bailarinas y chicas de alterne

Capítulo 9:

LA LEYENDA Y EL ESPECTÁCULO DEL OESTE

¿DE VERDAD FUE SALVAJE EL SALVAJE OESTE?

FIJACIÓN Y PERVIVENCIA DE LOS ARQUETIPOS

Buffalo Bill, el Oeste personificado

Ned Buntline, un artista de la mentira
comercializada

EL OESTE COMO ESPECTÁCULO

El Show del Salvaje Oeste

BIBLIOGRAFÍA

1

EL NACIMIENTO DEL SALVAJE OESTE

—¿No va a usar la historia, señor Scott?

—No, señor; esto es el Oeste: si la leyenda se convierte en un hecho,
publica la leyenda.

El hombre que mató a Liberty Valance, John Ford (1962).

La Fiebre del Oro que sacudió California a partir de 1848 llevó a la costa del Pacífico a una inmensa riada de personas honradas que querían labrarse un futuro en las minas, pero también a una variada caterva de aventureros, malhechores, asesinos, desaprensivos, matones, pistoleros, cua treros, timadores, rufianes, buscavidas y ladrones que querían vivir y medrar a costa de ellos. Pronto, estas nutridas filas de forajidos se incrementaron aun más con algunos de los que fracasaron en las minas y eligieron la delincuencia como medio de vida.

Las cosas serían igualmente caóticas en el Sudoeste ganadero y, especialmente, en el Texas de posguerra. La renovación de muchos funcionarios locales, que habían sido fieles a la Confederación, y la imposición de la ley militar generaron un gran resentimiento y muchos pensaron en resarcirse tomándose la justicia por sus propias manos. Por entonces, aquellos territorios aún no organizados se constituyeron en el mejor asilo de todos los que huían de la ley y en el mejor vivero de los que, más que huir de ella, preferían vivir a sus márgenes e, incluso, contravenirla y subvertirla consciente y voluntariamente.

La abundancia de forajidos en aquellos territorios fronterizos era consecuencia y, a la vez, revelaba la casi inexistente presencia de estructura estatal alguna en esa etapa inicial del avance hacia el Oeste de la joven y heterogénea sociedad estadounidense. De momento, salvo la tímida y escasa presencia militar, la conquista parecía ser una empresa privada, con limitadas injerencias del poder público. Tal modelo se reflejaba también en un individualismo exacerbado y en la extrema permeabilidad de una sociedad muy flexible, en la cual el ascenso social estaba al alcance de cualquiera, a partir de un inesperado golpe de suerte o de audacia o, por qué no, de un disparo a tiempo.

Cuando, como aconteció en la conquista y colonización del Oeste, en un periodo de poco más de un cuarto de siglo se pueblan extensiones tan vastas como Kansas, Nevada, Colorado, Montana y, poco más tarde, Idaho y Wyoming de una manera espontánea, por iniciativa individual de unos colonos o de unos buscadores de oro, era fácil colegir que las comunidades que invadieron estos territorios se organizarían sin el apoyo del Estado representado por la policía y la justicia que garantizasen la vida y la propiedad. La manifestación aguda de esta carencia de poder coercitivo se dio en las ciudades de frontera, pero la ausencia de ley y orden abarcaba a la totalidad de los territorios, desde las granjas aisladas a las pequeñas comunidades, desde las estancias ganaderas hasta los campamentos mineros.

Esta situación, obviamente, era muy favorable para que la delincuencia floreciese en tierras que se habían convertido en el paraíso de la impunidad para ladrones, atracadores y asesinos. Desde el común robo de ganado al del oro que transportaban los mineros y al asesinato con móviles lucrativos o de competencia feroz, toda una extensa gama de delitos se extendió por estos territorios en fragua de un modelo propio de convivencia, de momento

débil e inestablemente fundado en el registro de la propiedad.

En último término, la desordenada y violenta ocupación del territorio delineó unos confusos límites entre la ley y la voluntad individual, entre el orden y la anarquía, que fraguaron en un código moral ambiguo que hizo posible que muchas personas situadas momentáneamente más allá de la ley como forajidos terminaran sus vidas como agentes de la ley y viceversa, desarrollando incluso en ocasiones tan antitéticas actividades de modo simultáneo.

Mientras tanto, la generalización de la posesión y uso de armas por civiles exacerbó la innata tendencia a la violencia que caracteriza a toda sociedad de frontera. Así, en las nuevas tierras del Oeste se fue conformando una amalgama de gente autoconfiada, pero también ingenua; ignorante, pero audaz y creativa; generosa, pero egoísta y terca; honrada, pero indulgente; amante del humor campechano, pero con malas pulgas para aguantarlo en primera persona; violenta y misántropa, pero hospitalaria...; en una palabra, contradictoria. Esas fueron las fibras con que se formó el Oeste: personas sometidas a un nuevo código moral indeciso y adaptado, a un código ético en formación y aún algo indefinido.

En las ciudades de frontera, el clima proclive a la búsqueda y la consecución del dinero fácil, a la corrupción y al delito, a la arbitrariedad y las represalias, creó el caldo de cultivo óptimo para la aparición de figuras tan paradójicamente legendarias como Billy el Niño, John Wesley Hardin, los hermanos James, Dalton o Younger, Sam Bass, Butch Cassidy, Doc Holliday, Pat Garrett, Wyatt Earp o Wild Bill Hickok. Asesinos, pistoleros y delincuentes elevados a la categoría de héroes populares cuyas existencias serían una y otra vez exageradas o tergiversadas a conveniencia de los fabricantes de mitos de turno.

Desde luego, existió un Billy el Niño, pero es muy dudoso que, tal y como asegura la leyenda, matara a 21 hombres, uno por cada año de su corta vida; lo más probable es que, en ningún caso, sus víctimas fueran más de nueve. En todo caso, fuera cual fuese su récord, eso no sería algo digno de alabanza, ni siquiera de asombro, solo de horror y desaprobación.



El concepto de “Salvaje Oeste”, en lo geográfico, atañe de una manera imprecisa a la veintena de estados norteamericanos representados en el mapa y, en lo histórico, a los avatares, acontecimientos y estilos de vida de estos variados territorios durante la segunda mitad del siglo XIX.

Ex combatientes de la guerra civil ahora sin empleo, inadaptados a la paz, sudistas no resignados a la derrota, huérfanos abandonados a su suerte y entregados al merodeo y el pillaje, infortunados sin éxito en iniciativa alguna que se dieron cuenta de que en los nacientes Estados Unidos no se perdonaba el fracaso..., todas estas gentes nutrieron las filas de los sin ley, en tiempos en los que las armas circulaban sin control y en que los autores

de crímenes y golpes de mano tenían en los grandes espacios recientemente abiertos ancha complicidad para la huida y la ocultación. Así nació lo que se suele conocer como el “Salvaje Oeste”.

Este Viejo y Salvaje Oeste fue un mundo (preferentemente de hombres) en el que se podía prosperar si no se dudaba en utilizar una pistola (y, puestos a ello, a hacerlo bien), o bien si se podía contratar a alguien que lo hiciese con eficacia. Pero los pistoleros, que brotaron como setas, no crecieron, sin embargo, por generación espontánea. Eran un producto de cosecha propia, bien abonada por el dinero y la ambición de los barones ganaderos, de los príncipes del comercio o de los duques de la banca.

La mayoría comenzaban siendo contratados como *cowboys* para atender al ganado, especialmente durante las grandes travesías, y para, de paso, defender los intereses, no siempre lícitos o confesables, de sus contratistas. De tanto visitar las revueltas y caóticas ciudades ganaderas abiertas al final de sus largos periplos por las sendas ganaderas, muchos se afincaron en ellas y comenzaron a vivir de sus habilidades. Como el lazo y la espuela no tenían mucha utilidad en las ciudades, muchos recurrieron a otra de sus herramientas favoritas: las armas. Y por ahí sí que encontraron trabajo.

Estos jóvenes, la mayor parte semianalfabetos, se hicieron expertos en el manejo del revólver, el rifle y el cuchillo combatiendo a indios y cuatrerros, o cazando animales salvajes durante sus tediosos viajes. Por lo demás, sabían poco de la civilización, de sus usos y de sus leyes. Es más, tenían sus propios códigos, entre los que destacaban la camaradería y la lealtad al amigo, pero también el odio y el desprecio por el enemigo y el recurso pronto y decidido a la solución de los conflictos por las bravas. En términos generales, el Salvaje Oeste nunca fue un lugar que destacara por sus dosis de nobleza o altruismo, aunque

luego muchos historiadores hayan querido ver atisbos de ello en muchos de sus principales protagonistas, y especialmente en los que, además de pistola, llevaban placa.

Con esos condicionantes, era fácil que muchos de aquellos jóvenes se convirtieran en bandidos o pistoleros, o bien en agentes de la ley que, en muchos casos, tanto daba, y ello sin necesidad de que tuvieran que tomar decisión moral alguna. Para ellos, en realidad, no había gran diferencia. Solo eran *malos chicos* en opinión de aquellos que juzgaban sus actos como crímenes. Para sí mismos, matar o robar no eran actos morales, solo actuaciones normales relacionadas con la supervivencia y, en definitiva, una manera de vivir.

De vivir una vida en la que había que destacar, no estancarse, no ser de los perdedores. Destacar por valentía o por audacia. No ser uno más de la banda, sino, si era posible, ser el jefe. En cualquier caso, proteger y estar protegido por los colegas y seguirlos y apoyarlos hasta el final. Si había que matar al que se oponía a la banda, pues se le mataba. La única consecuencia para la vida propia era que eso reforzaba los lazos de sangre con el grupo. Por eso, para los forajidos lo normal era asociarse en bandas. Curiosa, pero lógicamente, muchas de estas *hermandades delictivas* estaban formadas por hermanos y otros familiares consanguíneos. Ese fue el caso de los James y los Younger, de los Dalton o los Renos o, entre muchos otros casos, de la bandas de Burrow o de Bill Doolin, o, aparentemente en el otro bando, del clan de los Earp, los Masterson o los Thompson.

Si alguna de aquellas cofradías de malhechores era exterminada, diezmada, encarcelada o desbandada, los supervivientes se convertían habitualmente en proscritos desesperados (los famosos *desperados*), para quienes dejaban de existir los límites a medida que se les

estrechaba el cerco y se aproximaba su captura o su muerte.

En tales circunstancias, más que afrontar la posibilidad de ser encarcelados, casi todos preferían morir matando o, en caso extremo, quitarse ellos mismos la vida. Suicidas famosos de este tipo fueron forajidos tan aguerridos como Kid Curry, Harry Tracy, Grant Wheeler y, posiblemente, The Sundance Kid y Butch Cassidy. Menos habitual era el suicidio en el batallón de los pistoleros y asesinos a sueldo, personajes que, en gran medida, vivían de su reputación más que de sus actos y que, por regla general, habían perfeccionado sus habilidades justamente para eludir la muerte.

Porque lo más importante para un pistolero era, curiosamente, que los demás supieran que lo era, que le guardaran las distancias por respeto o por miedo, tanto daba. Por eso, aunque la leyenda insista, en el Salvaje Oeste hubo muy pocos duelos a cara descubierta entre dos o más pistoleros. La mayoría prefería los métodos taimados del asesinato por la espalda, la emboscada, la ocultación en un callejón oscuro o detrás de una cortina o un árbol; la mayoría prefería aprovechar los puntos flacos o las debilidades circunstanciales de sus adversarios, fuera un estado de embriaguez, la relajación en una sala de juegos, que fueran desarmados...



En las ciudades del Salvaje Oeste, los ciudadanos de bien —como siempre, la gran mayoría— habían de convivir con todo tipo de indeseables y, en cualquier momento, tenían que enfrentarse a una situación violenta. En la foto, dos soldados yacen muertos junto a un *saloon* ante la atenta, pero acostumbrada, mirada de dos vecinas.

Desde luego, en términos profesionales, estos eran métodos más *limpios*, más eficaces y más respetuosos con las normas elementales de seguridad en el trabajo. En una entrevista concedida por Wyatt Earp al final de su vida, aseguró que la calma era la principal clave para la supervivencia de un buen pistolero, muy por encima de la velocidad con que desenfundara su pistola. En sus palabras, el experto pistolero “se toma su tiempo y aprieta una sola vez el gatillo”. Algo similar apuntó Wild Bill Hickok: “En cuanto comiences una pelea, estate tranquilo y no dispares demasiado deprisa. Tó mate tu tiempo. He visto a muchos tipos meter la pata al disparar con prisas”. Otro *sheriff* y pistolero famoso, Bat Masterson, añadió un consejo complementario para los aspirantes a pistolero: “Lleva siempre tu pistola lista y preparada, pero nunca la saques a menos que estés en peligro de muerte y que quieras matar”. En definitiva, añadió Masterson, “nunca te tires un farol con un revólver en la mano”. Porque, como

añadió Frank James, “cuando me meto en una pelea, quiero resultados”.

Los agentes de la ley que se enfrentaron a estos fríos y calculadores maníacos de las pistolas eran también individuos especiales, cuando no simplemente los mismos, aunque cambiados de papel; tan valientes ellos en su actitud, como arteros en sus métodos los forajidos. Casi todos habían aprendido el oficio en la adolescencia y muchos eran hijos de pioneros. Es interesante apuntar que, sin embargo, los pistoleros, los llamados entonces “matadores de hombres”, en su mayor parte, no fueron huérfanos ni pasaron grandes dificultades en la infancia, mientras que a la mayoría de los forajidos les habían faltado uno o los dos progenitores desde edad muy temprana. El padre de Frank y Jesse James abandonó a su familia para buscar fortuna en la fiebre californiana, lo que supuso que sus hijos hubieran de ser educados en solitario por una madre muy dominante, que los defendería durante toda su vida por más abominables que fueran sus crímenes. También se dio ese mismo caso en los hermanos Dalton.

Se trataba, además, de un amor materno-filial por lo general recíproco. Por eso, cuando unos detectives de la agencia Pinkerton pusieron una bomba en su casa familiar y causaron a su madre la amputación de un brazo, Jesse James viajó hasta Chicago e intentó matar en venganza, aunque sin éxito, a la madre del fundador de la agencia, Allan Pinkerton. Por eso también, antes de perpetrar su fallido y desastroso último golpe de 1892 en la ciudad de Coffeyville, Kansas, los hermanos Dalton hicieron una fugaz visita a la granja familiar solo para poder ver a su madre, tal vez por última vez—como así fue—, a través de una ventana, ocultos en la oscuridad de la noche.

Las armas jugaron (y juegan) un papel importante en el desarrollo histórico y social de los Estados Unidos, y su influjo en la exploración y civilización del Oeste es esencial. Como ocurre en casi todas los procesos de expansión y

conquista histórica y social, las armas se usaban con propósitos prácticos más que como símbolos de poder. El “poder de la pistola” solo asumió un significado más tarde, durante el periodo en el que la *civilización* se impuso sobre la llamada *libertad* de los primeros tiempos.

Coincidió, además, que en este periodo las armas de fuego sufrieron una gran evolución, que, fundamentalmente, las hizo mucho más portátiles, eficaces, asequibles y, sobre todo, mortíferas. Gracias a todos estos avances, el uso de armas como medio de supervivencia llegó a alcanzar en el Oeste un estatus que ninguno de los que las utilizaron se hubiera imaginado de antemano. Para muchos, no fue el espíritu pionero ni el desarrollo de los ferrocarriles, o el progreso de la civilización, lo que dominó al Oeste. Más bien, el Oeste fue “conquistado” por las armas. Por una multitud de armas de fuego, desde las pistolas de un solo disparo y los revólveres colt a los rifles y los winchester de repetición. En toda la historia del Salvaje Oeste, la justicia se administró a punta de pistola, y también la injusticia y la violencia.

El Oeste y sus tierras estaban esperando a ser tomadas, pero no eran lugares para tímidos o débiles. En buena parte, la historia del Salvaje Oeste es la de los hombres que usaban con habilidad y sin escrúpulos las armas de fuego en su búsqueda de libertad, comida, ganancias y protección y que no siempre perseguían hacer el bien. Es hora ya de comenzar a conocer más de cerca a este nutrido y variado grupo humano.

2

LA ESTIRPE DEL PISTOLERO

Matar hombres es mi especialidad. Lo enfoco como una salida profesional y creo que tengo un hueco en ese negocio.

Tom Horn (1860-1903), *cowboy*, *sheriff*, pistolero y asesino a sueldo.

VIVIR Y MORIR CON LAS BOTAS PUESTAS

El caos que siguió a la Guerra de Secesión (1861-1865) hizo surgir la nueva figura del pistolero, un individuo emocionalmente lisiado y socialmente alienado que, la mayor parte de las veces, empuñó la pistola asesina cuando aún no había llegado a la veintena y se puso a matar hombres con pródiga facilidad, para acabar en casi todos los casos con una muerte precoz causada por una bala o una soga. En muchas ocasiones, los enfrentamientos entre estos pistoleros ensangrentaron la frontera con emboscadas traicioneras y, a menudo, caprichosas, cuando no alevosas. Se cuenta, por poner un ejemplo extremo, el caso de un asesino tejano llamado John King Fisher (1854-1884) que disparó a la cabeza de un hombre con el que no tenía nada que ver simplemente porque quería comprobar si la bala rebotaría o no en la calva del infortunado.

Un pistolero asiduo de los *saloons* de Nuevo México, Colorado y Texas, Clay Allison (1840-1877), al que, al decir de algún coetáneo, el whisky transformaba “en un demonio desatado”, merodeaba por los locales ansioso de que

alguien le diese una excusa con la más ligera de las provocaciones para matarle y desahogarse. El 7 de enero de 1875, Allison mató en Nuevo México a Chunk Colbert, otro pistolero con quien mantenía una vieja enemistad (basada sobre todo en la disputa sobre quién superaba al otro en número de víctimas) y con el que aquella noche estaba cenando. En cierto momento, Colbert sacó la pistola, pero el cañón tropezó con el borde de la mesa y se le cayó. Allison desenfundó la suya y le mató de un disparo en el ojo derecho. Cuando le preguntaron por qué estaba cenando con un hombre que le quería matar y al que él quería pagar con la misma moneda, respondió tranquilo que “porque no me gusta mandar a nadie al infierno con el estómago vacío”.

Como la de casi todos sus colegas, la carrera de Allison había comenzado bien pronto. Huérfano de padre desde los cinco años, al estallar la Guerra de Secesión, se alistó en el ejército confederado, del que fue pronto licenciado por los médicos que le hallaron “incapaz de llevar a cabo los deberes de un soldado a causa de un golpe en la cabeza recibido hace muchos años. La excitación emocional o física le producen paroxismos de cambios de carácter, con episodios epilépticos y otros maníacos”. Fuera cual fuere la verdadera naturaleza de su enfermedad mental, Allison fue un hombre violento, especialmente cuando estaba bebido, lo que solía ocurrir muy a menudo, y de terrible e intimidadora fama en todo el Oeste. Todos daban por seguro que había matado a muchos hombres, aunque nadie vivo podía aportar detalles de ello. A él dicha fama, cuando estaba sobrio, le molestaba. En cierta ocasión escribió una indignada carta al director de un periódico de Missouri que le había adjudicado 15 asesinatos: “Siempre he intentado utilizar mi influencia para proteger las propiedades y a los hombres de mi condado de los ladrones, forajidos y asesinos, entre los que no se me puede incluir”.



El 7 de enero de 1875, el despiadado pistolero Clay Allison (1840-1877) mató en un restaurante de Nuevo México a Chunk Colbert, un colega con quien mantenía una vieja enemistad. Cuando le preguntaron por qué estaba cenando con un hombre que le quería matar y al que él quería pagar con la misma moneda, respondió tranquilamente que “porque no me gusta mandar a nadie al infierno con el estómago vacío”.

Allison tuvo un final poco glorioso. En julio de 1887, mientras cargaba un carro de provisiones en Pecos, Texas, un saco de grano se fue al suelo. Mientras él se agachaba a recogerlo, el carro se movió y una de sus ruedas le aplastó el cuello.

Pero Allison no es un caso de falta de escrúpulos aislado. “¡Carpenter, has derramado el whisky!”, cuenta la leyenda que dijo aparentando contrariedad el semilegendario matón y pistolero Mike Fink (1770?-1823), tras matar a un compinche así llamado cuando intentaba acertar con un disparo a un vaso de latón colocado previamente en la cabeza del infortunado.

De hacer caso a la leyenda, el saldo de asesinatos de estos hombres desalmados y muy bien armados sería asombroso. Era tal la sangre fría de algunos de ellos que la gente no sabía ni cómo juzgarlos y, al final, solían optar por mirarles con una especie de pasmado sobrecogimiento,

que, al fin y al cabo, era lo que la mayoría de ellos buscaba. En 1877, un joven delincuente acusado de asesinato, de nombre Bill Longley (1851-1878), escribió desde la cárcel estas palabras al *sheriff* que le había apresado: “Bien, no me las voy a dar de haber sido siempre un valiente, pero no he tenido nunca ayuda alguna cuando he querido matar a un hombre. Lo he hecho siempre por mí mismo y siempre solo”.

RETRATO ROBOT DEL PISTOLERO

En la realidad histórica, el pistolero habitó el Salvaje Oeste aproximadamente desde el momento de la fundación de las ciudades ganaderas al acabar la Guerra de Secesión hasta el final de los años ochenta del siglo XIX. Un corto periodo que, sin embargo, dejó honda huella en el imaginario estadounidense y, por derivación, en el mundial. Pocos periodos de la historia han recibido tanta atención de la cultura popular como aquél. Pero también han sido pocos los que han sido sometidos a más tergiversaciones y a más contaminación de la mitología. Numerosos libros y películas narran todo tipo de hechos sucedidos en el Oeste, pero todos están empañados por la bruma de la leyenda y cuesta mucho deslindar lo que tienen de auténtico o de ficticio.

Por ejemplo, la historia de Wild Bill Hickok (1837-1876) ilustra a la perfección el extraño proceso por el que en aquel universo cerrado del Oeste, en el que nada era lo que parecía, un tenebroso matón y empedernido jugador como él se transformaba sin solución de continuidad en un héroe imperecedero. En su caso, durante muchos años se cantaron sus hazañas y, en especial, la que, difundida intencionadamente por él, le lanzó a la fama, referida a aquella supuesta ocasión en que, acorralado, consiguió deshacerse de una banda de forajidos en la estación de

diligencias de Rock Creek. En 1927, el periodista George W. Hansen lo investigó y relató la verdad de aquella escena en la que Hickok, en realidad, mató a sangre fría a dos hombres desarmados y apuntó a un tercero mientras sus compinches le mataban con un azadón.

En términos generales, pese a sus enormes diferencias personales, los más famosos pistoleros del Oeste tenían mucho en común además de sus reflejos rápidos. Casi todos eran hombres de muy precoces iniciaciones a la violencia. John Wesley Hardin (1853-1895), por ejemplo, mató a su primera víctima a los quince años de edad. Cuando las autoridades trataron de capturarlo, él siguió matando para eludir el arresto, lo que selló su destino como pistolero. Un caso similar fue el de Billy el Niño, cuyo primer acto de sangre se produjo a los dieciséis años.

La motivación del pistolero para introducirse en esa vida de peligros y autodestrucción era usualmente un arresto injustificado, un padre asesinado por agentes de la ley corruptos o, más a menudo, la frustración de un sudista, patriota de la Confederación, conducido a la fuerza a la vida del forajido por sus despiadados enemigos del Norte.

En efecto, muchos de estos asesinos fueron moldeados por la Guerra de Secesión. En estados fronterizos como Kansas y Missouri, las simpatías sureñas fueron muy encendidas y las guerrillas confederadas atormentaron a las tropas federales mediante continuas incursiones armadas a las ciudades que mostraban preferencias unionistas. En aquel frente no declarado, la guerra continuó mucho más allá del armisticio oficial. Pasaría una década o más hasta que se apagarán sus rescoldos. Pero, por entonces, aquel persistente y sangriento fuego ya había calentado demasiado el ebullente caldo de cultivo en el que nacerían los forajidos y los pistoleros del Salvaje Oeste.

Pero, ¿quiénes eran realmente los pistoleros? ¿De dónde venían? ¿Eran todos asesinos psicóticos y analfabetos? ¿Cuál es la verdad de sus vidas y de sus

legendarias proezas? Muchas de las respuestas se hallan precisamente en sus propios escritos, porque algunos de ellos llegaron a escribir sus autobiografías, solos o en colaboración con algún escritor, mientras otros aportaron textos a muchos reportajes periodísticos. Y casi todos fueron entrevistados en alguna ocasión y escribieron cartas a los periódicos, rectificando algunas noticias sobre ellos y sobre sus actos, o, simplemente, informando al gran público de sus acciones. Wes Hardin, por ejemplo, estudió leyes en la cárcel, a la vez que escribía su autobiografía. Ben Thompson (1843-1884) fue elegido *marshal* de Austin e hizo de esa ciudad una de las más seguras de Texas, mientras colaboraba con su biógrafo, un juez muy respetado. Las cartas de Billy el Niño al gobernador del Territorio de Nuevo México y su declaración jurada ante el agente enviado por Washington para investigar oficialmente la corrupción en aquel territorio son una prueba irrefutable más de que no era analfabeto. Tom Horn (1860-1903), pistolero a sueldo de los barones ganaderos, acabó su autobiografía justo antes de ser ejecutado...

La mayoría de ellos eran tremendamente ególatras, cuando no mentirosos compulsivos. El mortífero Harvey Logan (1867-1904), más conocido como Kid Curry, escribió a un amigo de Montana que, después de haberse escapado de la cárcel de Knoxville en 1901, sus proezas “oscurecerían” las de Harry Tracy (1875-1902), otro pistolero y asesino por entonces perseguido en el Noroeste, con gran interés popular por sus peripecias. Tracy, por cierto, aunque llegó a declarar que los periodistas eran más peligrosos que las balas de sus perseguidores, solía pedir a sus víctimas que avisaran al *sheriff* más cercano para que los fotógrafos pudieran fotografiarles y que no olvidaran mencionar bien su nombre. Wild Bill Hickok se pavoneaba, dándose muchas ínfulas acerca de sus hazañas, en las tiendas de moda de la Quinta Avenida neoyorquina. Tom Horn no se cansaba de insultar a los “periódicos amarillos”

por condenarle por anticipado pero, pese a ello, nunca se negó a una entrevista y posó con sumo gusto para los fotógrafos que asistieron a su ejecución.

Vanidades aparte, cada uno de ellos plantea su propio enigma, aunque es posible hacer algunas generalizaciones. Parecían no tener ni asomo de autocontrol ni forma alguna de enfriar su pasión por eliminar de la faz de la tierra a los demás; les faltaba algún mecanismo interno que les dijera cuándo parar. Tendían a mirar a sus víctimas no como seres humanos sino como meros estorbos en su camino que había que apartar sin contemplaciones o, si el sigilo era más conveniente, matar en cualquier callejón oscuro.

No obstante, aunque el pistolero era siempre reconocible, no hubo dos iguales, y casi los únicos rasgos que compartían eran el de manejar bien las armas y el de matar gente. Algunos lo hacían “para ver a un hombre patalear”, otros solo “daban una ración de plomo” cuando se sentían provocados o en cumplimiento de su deber si desempeñaban una función oficial. Sus vidas, pese a su proverbial valentía y frialdad, estuvieron a menudo llenas de miedo. Revisando sus biografías, hasta el más osado o inconsciente de todos ellos tuvo sus momentos de debilidad. Se decía, por ejemplo, que el propio Bill Hickok, tras una noche tensa, prefería dormir debajo de la cama para poder sorprender a cualquier intruso, y que, si se acostaba, antes cubría el suelo de la habitación con periódicos para que cualquier crujido le despertase.

Aunque aceptaban la violencia y a menudo la muerte como gajes de su oficio, muchos se negaban a maldecir en presencia de mujeres y no podían permitir que otros lo hicieran. Pero nada de ello les impedía ser también despiadados e implacables. Contemporáneamente, casi todos ellos tuvieron un extraordinario atractivo para las aburridas e impacientes mujeres de la Frontera. Para ellas, encarceladas en remotas granjas, en cabañas de troncos, en ranchos y en ciudades extemporáneamente puritanas, el

pistolero era un héroe romántico de vida mucho más atractiva y excitante que la que les proporcionaban los sosos, honrados, trabajadores y eternamente cansados hombres que les rodeaban. En sus desdichadas soledades, estas mujeres soñaban a menudo con que estos pistoleros, que acaban de ver en la cárcel, huyendo o simplemente de paso, habían venido a rescatarlas. La historia está plagada de testimonios en este sentido. Las esposas de los agricultores y granjeros que habían hecho la comida de buen grado a Harry Tracy le recordaban como un caballero, muy poco hablador y cortés. Kid Curry deslumbraba a las matronas de Knoxville hasta tal punto que el *sheriff* se vio forzado a prohibir que le siguieran mandando flores, cartas de amor y ricas especialidades gastronómicas a la cárcel. Una desesperadamente enamorada maestra de escuela trató de salvar a Tom Horn mientras agonizaba colgado en la horca. Wild Bill Hickok vivió con una serie ininterrumpida de mujeres, para casarse finalmente con una funambulista y amazona, famosa, por lo demás, por haber inventado el circo de dos pistas.

Sin embargo, en contra de este tópico, algunos pistoleros fueron felices hombres casados que formaron hogares ejemplares con su amada esposa y sus hijos, y fueron tratados con respeto, admiración y afecto por la gente de sus comunidades. Una enorme multitud asistió al entierro de Ben Thompson en Austin. En El Paso, Wes Hardin terminó siendo un respetado abogado con una brillante trayectoria profesional, truncada al ser disparado por la espalda por un agente de la ley que, como él, también tenía una larga trayectoria como forajido y proscrito.

Hombres extraordinarios y, a la vez, comunes, lo cierto es que protagonizaron existencias fuera de lo corriente. En todos los sentidos. No faltan, por ejemplo, anécdotas que nos hacen creer que sus vidas se parecieron más al

argumento de una mala comedia. Piénsese en la indignación del gobernador al saber que grupos de ciudadanas estaban cantando serenatas al encarcelado Billy el Niño a través de la ventana de su celda. Recuérdese a Kid Curry arrojándose por la puerta de atrás de un *saloon* para escapar de un grupo de alguaciles... y cayendo por un inesperado terraplén a las vías del tren. O imagínese la cara del director de periódico que recibió una indignada carta de Wild Bill Hickok desmintiéndole la noticia de que había muerto en un tiroteo. O a Ben Thompson protestando por la mala calidad de una obra de teatro a la que asistía en East Lynn disparando a los actores y riéndose a carcajadas mientras el público huía despavorido, sin avisar a unos y otros de que las balas eran de fogeo... Escenas cómicas que se contradicen, sin embargo, con otros muchos hechos de inequívoco carácter dramático y, a veces, trágico.

Porque, desde luego, no todo fue comedia en el Oeste. Kid Curry esperó pacientemente toda la noche, con gran sangre fría, bien emboscado, a Jim Winters, el ganadero de Montana que había asesinado años antes a su hermano menor, Johnny. Harry Tracy asesinó a sangre fría, sin necesidad, a los guardias que le habían cogido como rehén. Algo parecido hizo Billy el Niño, al abatir a tiros a los indefensos guardias durante su famosa huida de la cárcel de Lincoln. Wild Bill, disparó desde detrás de una cortina a un desarmado McCanles en la estación de diligencias de Rock Creek. Ben Thompson trató de convencer a un adolescente Wes Hardin de que matara a Wild Bill cuando este era *sheriff* de Abilene y ponía dificultades a los negocios de aquél...

Uno de los rasgos legendarios del pistolero que resulta atractivo para el público actual es su rechazo a crear relaciones emocionales o físicas duraderas. Siempre se le describe como un solitario que viene de ninguna parte, no tiene medios de vida, al menos visibles, pero su presencia se considera providencial. Incluso cuando ha sido aceptado

en la comunidad, se mantiene apartado y distante. A veces, sin embargo, se le reaviva un antiguo amor o tiene un breve encuentro con una chica de un bar local o con una maestra de escuela, atraídas muchas veces por su rudeza y su indómito carácter. No obstante, cuando su tarea se acaba, el pistolero deja claro que esa relación no puede durar, se despide tristemente y se va al trote contra la puesta de sol. En otros contextos, casi todos consideraríamos tal rechazo a todo compromiso como un síntoma de inmadurez o de un miedo radical, casi patológico, a la responsabilidad. Pero el pistolero de la leyenda no es una persona normal. Para él, sucumbir a las necesidades y deseos humanos normales equivaldría a destruir su esencia. Uno de sus principales objetivos era ocultar sus debilidades, porque sabía que su fuerza residía en su habilidad con la pistola y en su valentía, fuera, en unos casos, para provocar el mal, fuera, en otros, para evitarlo o contrarrestarlo.

En última instancia, los pistoleros fueron derrotados por el alambre de espino, el telégrafo y, luego, el teléfono y la mayor eficacia de las fuerzas del orden que, irónicamente, habían ayudado a establecer. Con el cambio de siglo, los supervivientes ya eran anacronismos fronterizos incapaces de sobrellevar la sofisticada sociedad de aquel momento. Pero en el momento de máxima ebullición del Salvaje Oeste, eran muchos los que por él se movían. Conozcamos más de cerca la vida de los más famosos.

JOHN WESLEY HARDIN, UN ASESINO IMPLACABLE

Wes Hardin fue uno más de los héroes populares generados por el Salvaje Oeste. Para unos fue un ser inhumano carente de afectividad, un psicópata siempre

dispuesto a desenfundar antes que su oponente; para otros, en cambio, fue un hombre noble, educado y gallardo, perseguido por el infortunio. Como él mismo se defendió: “Se ha dicho que he matado a seis o siete hombres por roncar. No es verdad. Solo he matado a un hombre porque roncara”.

Nacido en Bonham, Texas, el 26 de mayo de 1853, Hardin recibió de su padre, predicador de la iglesia metodista, una sólida y fanática formación religiosa que, andando el tiempo, le serviría de coartada para justificar sus asesinatos de personas indeseables. Para él, todas sus 40 víctimas oficiales eran “encarnaciones del demonio”. Como Jesse James y tantos otros, aprendió en la Guerra de Secesión, siendo todavía niño, a odiar todo lo yanqui, sentimiento del que extrajo una fuerte convicción que impulsó toda su vida. Además, debido a su formación sureña pro esclavista, nunca acabó de asimilar la idea de que los negros (o los hispanos o indios) eran ciudadanos con los mismos derechos que los blancos. En sus propias palabras: “En aquellos tiempos, si había algo que podía soliviantarme era ver a insolentes negros recién liberados insultar o maltratar a confederados ancianos, heridos, decrepitos, débiles...”.



Para unos, el tejano John Wesley Hardin (1853-1895) fue un psicópata siempre dispuesto a desenfundar antes que su oponente; para otros, en cambio, fue un hombre noble, educado y gallardo, perseguido por el infortunio. Como él mismo se defendió: “Se ha dicho que he matado a seis o siete hombres por roncar. No es verdad. Solo he matado a un hombre porque roncara”.

Fiel a tal creencia, a los quince años, durante una visita al rancho de un tío suyo, mató fríamente a un antiguo esclavo llamado Mage, cuyo comportamiento juzgó insolente: en el curso de una discusión, Mage cometió el *imperdonable* error de tocar las bridas de su caballo. Hardin aseguró después que lo había amenazado, así que se emboscó y lo acribilló a balazos. Convencido de que, por su condición sudista, los yanquis no iban a dispensar un juicio justo a su hijo, su padre le dio una escopeta y le envió más al sur a vivir con su hermano mayor, maestro en el condado de Trinity.

Durante un corto periodo, pareció que Wes podría enderezar su vida y dejar atrás los problemas juveniles. Pero sucedió que se topó con tres soldados federales que le buscaban para detenerle. Dando comienzo a lo que él

mismo definió como una guerra sin cuartel, a vida o muerte, contra los odiados yanquis, les hizo frente y, en el tiroteo, mató a dos con la escopeta y al tercero con el revólver. Así se convirtió en un fugitivo famoso que pronto encontró muchas complicidades entre sus amigos sudistas, especialmente entre los ya dedicados a la delincuencia. Él, lejos de buscar un más que conveniente anonimato, a los diecisiete años, ya había despachado a siete individuos, por móviles tan “sólidos” como un trivial pleito de juego o por la sospecha de haber sido reconocido. Esa cadena de homicidios le colocó, siendo aún un adolescente, a la cabeza de la lista de los más buscados por la policía estatal tejana.

En 1871, a los dieciocho años, fue contratado como *cowboy* para llevar una manada hacia el norte, manera como otra cualquiera de huir del territorio tejano donde su fama era ya demasiado notoria. Durante la travesía, encontró tiempo para matar a siete personas más, dos indios y cinco mexicanos, indignos, según él, de alentar bajo el mismo sol que un estadounidense blanco y de ley como él.

Finalmente, llegó a la ciudad ganadera de Abilene, Kansas, en cuyo alboroto se encontró a sus anchas. Para no perder práctica, llevado por el acaloramiento de fútiles disputas y del whisky, hizo pasar a mejor vida a tres congéneres más. Allí, trabó amistad con el famoso explorador y pistolero Wild Bill Hickok, *marshal* de Abilene, quien por una vez incumplió sus propias normas municipales y le permitió llevar pistolas, aunque un poco forzado por las circunstancias. Hickok le pidió a Hardin que se las entregara y el joven tejano, aparentemente dócil, se las ofreció con la culata por delante. Mas cuando Hickok se adelantó para cogerlas, Hardin las giró en el aire y Wild Bill se encontró encañonado por dos revólveres. Sorprendido por la rapidez y la sangre fría del muchacho, le invitó a tomar un trago y a charlar.